



## Niñas (¿mayoría o minoría?)

Victoria Fernández<sup>1</sup>

España/Cataluña

Creo que actualmente no se puede decir que las niñas sean minoría en la literatura infantil. Cada vez son más numerosas las protagonistas femeninas en los libros para niños, sin duda por exigencias de la “corrección política” y por la continua presión del movimiento de defensa de la igualdad entre los sexos (que más que un movimiento es ya algo que “está en el aire”, algo socialmente asumido en teoría, pero quizás aún poco normalizado en la práctica).

A ello ha contribuido también, sin duda, el hecho de que los libros de mayor éxito y difusión de los últimos años son, mayoritariamente, obra de mujeres (Rowling, Meyer, Funke, Dragt, Collins, o las españolas Gallego, Carranza, Santos), y en ellos se advierte una especial relevancia de los personajes femeninos y un mayor cuidado en su construcción. Lo cual no quiere decir que tengamos ya un nuevo modelo femenino que haya superado al anterior. Creo, más bien, que estamos, precisamente ahora, en una fase de “construcción” de ese modelo, que está produciendo personajes, en cierta manera híbridos y poco matizados. Pero lo que sí parece evidente, es que la presencia femenina en la LIJ es mucho más importante hoy que hace unos años.

Sirvan como ejemplos, algunas de las protagonistas femeninas que destacan en la actual oferta editorial española: la muy popular Tea Stilton, en todo igual a su famoso hermano Geronimo; las niñas futbolistas de Laura Gallego –una pandilla sólo de niñas, y además aficionadas al deporte masculino por excelencia–; la muy feminista y concienciada Carlota, de Gemma Lienas, con sus críticos diarios o como líder de la pandilla de la Tribu de Camelot; o Bea, la “chica del montón”, de Blanca Álvarez, divertida réplica femenina de Mariano, “el pardillo”, de Jordi Sierra i Fabra, dos preadolescentes en crisis que reflejan, cada uno en un diario propio, la problemática específica de chicas y chicos. También abundan las chicas protagonistas en el ámbito de la narrativa fantástica o paranormal tan a la moda, como las gemelas vampiras, de

---

<sup>1</sup> Especialista en literatura infantil y juvenil. Directora de la revista Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil (CLIJ) y colaboradora habitual en las secciones dedicadas al libro infantil y juvenil en varios medios de comunicación.



Franziska Gehm; la gótica y “rara” Emily, de Reger y Gruner; la gordita superheroína del cómic, XXL, de Márquez y Laperla; las brujas que Maite Carranza reivindica como mujeres excepcionales... Sin olvidar a la enamorada Bella de *Crepúsculo*; a la carismática Katniss Everdeen, la heroína de *Los Juegos del Hambre*, de Suzanne Collins, o a la también enamorada “más allá de la muerte”, Bel, de Care Santos. Y junto a todas ellas, una pequeña joya: Calpurnia Tate, la deslumbrante –por auténtica, matizada y convincente– protagonista de *La evolución de Calpurnia Tate*, espléndida novela juvenil de otra mujer, Jacqueline Kelly.

Pero, lamentablemente, el caso de Calpurnia es excepcional. Lo que más abunda son esos otros modelos “híbridos” y poco matizados, a los que antes aludía.

Al referirme a ciertas características del nuevo modelo femenino que se está conformando en la LIJ, decía antes que abundaba un modelo “híbrido”. Quería decir que, la mayoría de esas nuevas protagonistas femeninas, responden más, curiosamente, al estereotipo masculino que al femenino. O dicho más claramente: estamos ante una serie de niñas que, para ser heroínas, adoptan los tópicos atributos masculinos (dotes de mando, agresividad, atrevimiento, buena forma física, inteligencia), sin renunciar, sin embargo, a “virtudes” tradicionalmente femeninas, como la bondad, la belleza, la sensibilidad, la capacidad de sacrificio... Unos personajes, en definitiva, híbridos, con los que se trata de convencer al lector –a las lectoras más bien– de que el papel de la mujer es “muy importante” (al menos “tan importante” como el de sus colegas masculinos), y que las chicas pueden hacer frente a los mismos retos, y con igual éxito, que los chicos. Aunque, en el fondo, una lectura atenta permite comprobar que ese papel sigue siendo el de siempre: eficaces y comprensivas “madrecitas”, destinadas a aportar calma y sentido común a sus impulsivos y arrojados co-protagonistas masculinos.

Quiero decir con esto que, seguramente, estamos aún en la fase en que los autores, conscientes de esa exigencia igualitaria que se palpa socialmente, están todavía en plena exploración de la imagen femenina, en plena fase de tanteo, y, unos por exceso, y otros por defecto, todavía no han encontrado el equilibrio, o la naturalidad, en la definición de los personajes femeninos.

Es evidente que la LIJ está cambiando, y que la proliferación de protagonistas femeninas está teniendo sus consecuencias. Tal vez no siempre positivas. Por ejemplo, quiero llamar su atención sobre un fenómeno que a mí me ha chocado y que me



preocupa por lo que puede tener de retroceso. Me refiero a la aparición de las “colecciones rosas”, tanto para niñas como para adolescentes, y exclusivamente para ellas, que transmiten modelos femeninos que ya creíamos superados y que, me temo, forman parte de una cierta corriente de conservadurismo en alza, que, por ejemplo, en el terreno de la educación, promueve la idea de la vuelta a la educación segregada de niños y niñas, contraria a la coeducación. Un avance progresista por el que tanto se luchó hace no muchos años todavía, y que actualmente está siendo cuestionado.

Esas colecciones ofrecen, para las pequeñas, argumentos edulcorados, protagonizados por hadas, princesas, bailarinas de ballet y otros personajes supuestamente “muy femeninos” y delicados, reforzados por ilustraciones igualmente edulcoradas y especialmente detallistas con el vestuario, el maquillaje, los complementos, y con mucho color rosa y mucho brillo de estrellitas y lentejuelas; una tendencia que se ha trasladado incluso a los libros de manualidades y de actividades de entretenimiento, de los que ya se editan, habitualmente, volúmenes distintos “para niños” y “para niñas”. Y es que, al final, acabaremos viendo que algo tan neutro como la papiroflexia, se nos acaba presentando con su propio “toque femenino”... ¡No me extrañaría nada!

Para las adolescentes, por otra parte, se han impuesto las novelas “de amor”. Lo cual estaría muy bien –aunque sean amores vampíricos, con licántropos o con fantasmas y ángeles, tan a la moda–, porque el amor es un tema universal y de especial interés en la adolescencia, si no fuera porque estas nuevas novelas adolecen de un enfoque antiguo, o rancio, si prefieren (en España diríamos despectivamente que son novelas a “lo Corín Tellado”, aquella popular autora de novelas rosa para adultos, insuperable superventas de quiosco y madre de todos los culebrones de la televisión).

Y porque resultan ciertamente reaccionarias, tanto por su tratamiento morboso de las relaciones amorosas –no hay sexo explícito, por ejemplo, pero sí una fuerte y adictiva tensión sexual–, como por el retrato de los personajes y su entorno, muy superficial y poco matizado, que se limita a reproducir los tópicos más desgastados sobre la pareja y los tradicionales papeles masculino y femenino.

No sé, por tanto, si deberíamos celebrar como una conquista, el hecho cierto de que las niñas y las chicas ya no son minoría en la LIJ. Creo que, antes, sería interesante –y desde esta mesa lo propongo como posible tema de debate en el futuro– analizar el



tipo de modelos femeninos que se están imponiendo. Porque no siempre la cantidad es sinónimo de calidad, y porque, como antes apuntaba, estamos ante un modelo “en construcción”, muy propio de este tiempo de incertidumbres y de cambios que nos ha tocado vivir, y muy apegado a las modas y estilos supuestamente “modernos” y evidentemente banales, de amplia difusión en los medios, que son, no nos engañemos, un fiel reflejo de nuestros usos y costumbres como sociedad de consumo.

Participar en esa construcción, incidir en la elección de ese nuevo modelo femenino que queremos transmitir a niños y jóvenes, puede ser un reto y un aliciente apasionante para quienes, desde distintas disciplinas –escritura, ilustración, formación, crítica–, estamos empeñados en el estudio y la difusión de la literatura infantil y juvenil.

